

Flamenco, puentes entre dos mundos y alegría de niños en el Festival de Poesía

La segunda jornada tuvo como invitados especiales a la Premio Goncourt Leila Slimani y a figuras del arte jondo que recordaron el Concurso de 1922

JOSÉ ANTONIO MUÑOZ

GRANADA. La segunda jornada del Festival Internacional de Poesía se puede resumir con dos conceptos fundamentales: tradición e inocencia. La primera, imprescindible para entender lo que hoy se escribe; la segunda, encarnada en los niños, encargados de mantener la pasión por el verso. En la tradición se enroca o se imbrica el flamenco, arte poético por excelencia, y desde el primer momento del acto que tuvo lugar por la tarde en el Centro Lorca estuvo muy presente, con la guitarra de Antonio de la Luz acompañando los pasajes leídos en francés por la Premio Goncourt Leila Slimani de su obra 'El perfume de las flores de noche', y trasladados al español por la codirectora del Festival, Remedios Sánchez. Aparecieron recuerdos trufados de escenas familiares y preguntas sobre el propio lugar en el mundo, y todo el amor y toda la violencia a la cual se ve sometida la existencia humana.

«Vivo de noche y me iré a acostar al alba, sin rendir cuentas a nadie. Las alegrías colectivas me asustan», dice una frase de la más reciente novela de Slimani. «¿Se puede ser escritor sin tierra? ¿Qué se puede contar cuando uno no se siente de ningún lado?», se pregunta la autora, antes de alcanzar el convencimiento de que la unánime aprobación, además de ser



Un momento del acto de recuerdo al Centenario del Concurso de Cante Jondo. ALFREDO AGUILAR



Carmen Linares recibe de Rocío Díaz el Premio del Festival. A. A.

algo inalcanzable, exige un esfuerzo que, quizá, no merezca la pena. «Si se escribe, el pasado no está muerto. Escribir es para mí un taller de reparación. Cuanto más escribo, más excomulgada, más extranjera me siento. Habría sobrevivido sin ser escritora, pero no estoy segura de si hubiera sido verdaderamente feliz», dijo.

Fiesta juvenil de letras

El día comenzó en el Auditorio de Caja Rural Granada con un encuentro entre más de 300 niños y el joven poeta Mario Obrero, coordinado por el poeta y profesor Javier Gilabert. Los alumnos, de entre

tercero y sexto de Primaria, de los colegios Ave María La Quinta y Escolapios. La niña Daniela Claribel Rodríguez ejerció como presentadora, y María y Rucaya, dos alumnas del Ave María La Quinta, pusieron en aprietos a Obrero. «Ha sido uno de los públicos más exigentes que he tenido», comentó el poeta después. También hubo un encuentro de niños y jóvenes de Secundaria con Jordi Sierra i Fabra en la subse de Monachil, en un acto coordinado por el poeta José Cabrera Martos, pertenecientes a los IES Los Cahorros (Monachil), Montevives (Las Gabias) y Los Neveros (Huétor Vega) y los CEIP Miraflores (Monachil) y Sierra Nevada (Granada).

Una reunión irrepetible de flamencos: Carmen Linares, Arcángel, Soleá Morente, Marina Heredia y Eva Yerbabuena, conducidos con mano firme y cariñosa por Juan Pinilla, reflexionaron en torno al centenario del Concurso de Cante Jondo y su repercusión, un siglo después. «Un apretón de manos de los genios de todas las artes escénicas para mimar un arte tan nuestro como el flamenco», lo definió Eva Yerbabuena. Arcángel, por su parte, aportó una visión un tanto desmitificadora de la importancia del Concurso, mientras que Marina Heredia, a pesar de no compartir su formato, reconoció el valor que tuvo la iniciativa, unida a la buena voluntad de los organizadores, y la repercusión que tuvo para cantaores granadinos como La Gazpacha. Soleá Morente calificó el certamen de 1922 como «clave para la historia del flamenco y la literatura», y destacó el carácter visionario de Federico y de Falla «para hacer confluir diversas artes, todas a favor de reivindicar el arte más grande que tenemos, que es el flamenco».

La maestra Carmen Linares fue, precisamente, la protagonista del emotivo acto que cerró la jornada, al recibir, de manos de la directora de la Alhambra, Rocío Díaz, el I Premio del Festival por su compromiso con la poesía.

«Escribir y contar historias es la ocupación más importante que se pueda imaginar»

Jordi Sierra i Fabra Escritor

Dos actos multitudinarios testimonian el cariño de los lectores hacia el autor de más de 530 libros, el más vendido de la historia de la literatura juvenil

J. A. M.

GRANADA. El escritor Jordi Sierra y Fabra (Barcelona, 1947) sigue, más de 530 libros después, en plena forma. Y este año ha regalado

al Festival Internacional de Poesía su presencia. Aquí ha leído poemas –por primera vez– y ha recibido el cariño del público en dos actos multitudinarios, en Granada y Monachil.

–¿Escribir comenzó siendo un escape para convertirse en una actividad de la que no pudo escapar?

–No sé si fue un escape. Mi primer libro se llamó 'Asalto al First National Bank' y tenía tres páginas. De repente, aquel niño que tarta-

mudeaba se dio cuenta de que al escribir no lo hacía. Leer era un escape; escribir se convirtió desde el primer día en un deseo y una vocación.

–¿Cuál fue su tabla de salvación: la letra, la música, ambas?

–La letra, sin duda. Me metí en la música por puro azar. Los Beatles me cambiaron la vida. Yo tenía 16 años, y me hacía cada día 15 kilómetros andando para ahorrarme el billete de metro y autobús y gastarlo en un disco de vinilo que me compraba, con suerte, cada semana. Pero oía todo lo que salía, leía las contraportadas, las letras... Así aprendí inglés, y lo supe casi todo de la música.

–Y entró en el mundo de las revistas especializadas, siendo el artífice de Super Pop, que hoy sería casi una hoja parroquial.

–(Risas) Sí, cuando mi amigo Mariano Nadal dijo que creáramos



Jordi Sierra i Fabra, en el Parque García Lorca. ALFREDO AGUILAR

«Soy un hijo del cine, y mis novelas son películas que antes de estar sobre el papel, están en mi cabeza»

una revista que vendiera un millón de ejemplares, yo no le di mucho crédito. Fue una bocanada de libertad, para lo que era 1977.

–Y dejó de ser un 'vip' en el mundo de la música para escribir.

–Sí, llegó un momento en el que me dije que si seguía subido en Concorde y limusinas, nunca sería escritor. Para mí, escribir es la ocupación más importante que imaginarse pueda.

–Sus novelas tienen mucho de cinematográfico.

–Sí, soy un hijo del cine, y mis novelas son películas que antes de estar sobre el papel, se estrenan en mi cabeza.

–¿Qué papel tiene la cultura en el cambio social?

–Es imprescindible. Lo he comprobado en Medellín, que pasó de ser la ciudad más violenta del mundo a ser conocida por su amor a la cultura.